

EL CLAMOR DEL ESPÍRITU EN ÉPOCA DE CRISIS

El clam de l'Esperit en época de crisi, Quaderns «Cristianisme i justícia», n.o 10 (1986) 41-58

El clamor del Espíritu en época de crisis †

Dos observaciones se hacen precisas antes de iniciar este estudio sobre la espiritualidad cristiana en la situación actual de crisis:

a) en primer lugar se da por supuesto: - que la espiritualidad se entiende como el fruto de la acción del Espíritu que impregna toda la vida y no sólo ámbitos parciales de la misma (como, por ejemplo, la intimidad interior); - que la acción del Espíritu abarca múltiples dimensiones de nuestro existir (nos abre a la experiencia de Dios, a los otros, nos induce a una acción transformadora en la historia, etc.); -que la espiritualidad no es sólo una ética cristiana sino, fundamentalmente, una experiencia del Dios de Jesús revelado como salvador del mundo en el seno de una historia concreta.

b) en segundo lugar, reflexionar sobre la espiritualidad cristiana implica reflexionar sobre la configuración de la existencia vivida en el seguimiento de Cristo en fe, esperanza y caridad, de acuerdo con las diferentes situaciones temporales con que nos encontramos. Por tanto, aquí consideramos la manera concreta de vivir aquello que es fundamental y permanente en la vida cristiana, en el contexto actual de crisis ya señalado. Para llevar a cabo esta tarea he tomado dos puntos de referencia: - la actual situación de crisis; y - una experiencia de crisis similar en la biblia. Ello nos permitirá realizar una lectura interpretativa de las manifestaciones que va produciendo en la vida de los cristianos el impacto de la crisis actual. De esta interpretación podremos, a su vez, deducir los elementos básicos de una espiritualidad cristiana en el momento presente.

I. Espiritualidad en una situación de crisis

1. La situación actual de crisis

Vamos a destacar a continuación aquellas características de la actual crisis que pueden determinar unas líneas-fuerza del comportamiento cristiano:

a) *mirando al pasado*, la actual crisis se nos presenta como el fracaso de una determinada concepción de la sociedad en la cual se habían puesto grandes esfuerzos y esperanzas. Rasgos de esta concepción pueden ser, entre otros, el desarrollo económico, la civilización del bienestar, la democratización, la extensión cultural, etc.;

b) *mirando al presente*, la actual crisis se nos presenta como una crisis de solidaridad: teniendo medios para construir una humanidad más fraterna, experimentamos de hecho una humanidad más insolidaria (desequilibrios económicos, hambre, paro, carrera de armamentos. etc.);

c) *mirando al futuro*, la actual crisis nos manifiesta un horizonte poco claro y un porvenir imprevisible. Ello supone un serio reto a nuestra esperanza.

2. Una etapa de la historia de salvación: el exilio

Buscando en la historia bíblica un momento que presente una cierta afinidad con la situación actual de crisis, se nos presenta el período del exilio babilónico. Esta afinidad no implica identidad, pero sí que la experiencia bíblica del exilio, puede ayudarnos a percibir con mayor claridad las líneas-fuerza que pueden informar nuestra espiritualidad en momentos de crisis.

La deportación a Babilonia hay que enmarcarla en el proceso histórico de un pueblo, en su largo caminar desde la esclavitud de Egipto hasta su llegada a la tierra prometida de bienestar material y espiritual. Este período de bienestar alcanza un momento culminante durante el reinado de Josías (640-609). En tal contexto se inició un movimiento de renovación del pueblo, movimiento que pasa también por una renovación religiosa en aras a conseguir una mayor justicia. Tal movimiento se vio reforzado por el descubrimiento en el templo de la ley (una parte del Deuteronomio). En esa situación, toda la vida se concebía y pretendía vivir desde la fe:

- la *tierra* era para el pueblo un don de Dios; por eso le ofrecían las primicias de sus frutos;
- *el templo* era el lugar de la presencia y bendición de Dios a quien se dedicaban celebraciones, ofrendas etc.;
- *el rey*, descendiente de David, era objeto de las bendiciones de Dios y concreción de la esperanza en el mesías que había de descender de su linaje;
- *la ley* revelaba la voluntad de Dios y, por ello, regía toda la vida del pueblo;
- la alianza expresaba la íntima relación de Dios con su pueblo, y encuadraba toda la existencia del mismo.

Con la muerte de Josías (609), esta situación se vino abajo; la nación comenzó a desunirse y debilitarse: se inicia así una etapa de sucesión de diversos monarcas de poca duración. Jerusalén caerá bajo la expansión opresora babilónica y en el 598 tendrá lugar la primera deportación. En el 587 Jerusalén será saqueada, el templo destruido, el país anexionado a Babilonia y el pueblo deportado.

En pocos años, la utopía que empezaba a palpase (bienestar humano, prosperidad, seguridad política, etc.) se demora. Le sucede un período de desencanto, el final de una ilusión: el pueblo queda sin tierra, sin templo, sujeto a una dictadura y viviendo en un ambiente también paganizado. El final de la ilusión revela a su vez una crisis de fe; ¿dónde está Dios?, ¿y la alianza?, ¿será que nuestro Dios no es el Dios verdadero? La crisis de fe conlleva una crisis de esperanza: el pasado es sentido como una nostalgia irrecuperable; el presente impone acomodarse a las nuevas circunstancias, integrarse en el nuevo sistema de vida y de valores. Muchos ya no querrán oír hablar más de reconstruir Jerusalén ni de iniciar de nuevo la historia colectiva.

En este contexto desolador pervive, sin embargo, un pequeño grupo lúcido que no se deja llevar por la corriente de los acontecimientos sino que realiza una lectura de los mismos con los ojos de la fe. Este grupo se verá animado por la voz profética que apuesta por la esperanza, por la relectura de las escrituras sagradas que posibilita una interpretación en profundidad de la historia pasada, por pequeñas realizaciones concretas que dotan de un cuerpo a esa fe y a esa esperanza. De esta manera, el pequeño grupo de fieles, consciente de que los males presentes no son fruto del fatalismo, sino también de la responsabilidad humana (cobardía, de unión, idolatría, etc.), inicia un camino de conversión. Igualmente, poco a poco, la imagen de Dios va adquiriendo nuevos matices: Dios es comprendido cada vez más como aquél que ama al hombre, que le perdona, le salva y se une a su sufrimiento haciendo que éste sea fecundo. Surgirá también una imagen más universal de Dios: no será ya sólo Dios de Israel sino de todas las naciones. Por último, irán descubriendo la fuerza de los pobres y su eficacia, la fuerza de aquellos que tienen puesta su esperanza sólo en el Señor y en su Reino, de aquellos que ofrecen su pobreza y sufrimiento para la transformación del pueblo, de aquellos que están indicando que la esperanza aún sigue viva, que la resurrección del pueblo aún es posible.

II. Líneas de una espiritualidad cristiana en la actual situación de crisis

Desde la óptica de los dos análisis precedentes, intentaré ahora descubrir la resonancia que el dolor del tiempo de crisis que vivimos tiene en la conciencia cristiana para hacer resaltar aquellos aspectos más sobresalientes y comunes, capaces de desvelar una espiritualidad de fondo.

1. Dos actitudes informadoras de nuestros comportamientos

En primer lugar, destaco dos líneas de tipo formal que deben ser como el marco global de nuestro actuar.

a) *Abrir los ojos a la cruda y desnuda realidad de los hechos.* Existe el peligro de desconectar de la realidad social e histórica cuando se habla de espiritualidad. Si nos fijamos, sin embargo, en la espiritualidad bíblica, se hace impensable concebirla sin hacer referencia a la realidad concreta: el hombre siempre se relaciona con Dios a partir de algún acontecimiento concreto, vinculándose y comprometiéndose con la historia del pueblo. La misma oración, que es una de las manifestaciones más notables de espiritualidad, aparece siempre empapada de historia y de acontecimientos (así, por ejemplo, en el libro de los Salmos, manual de oración de los israelitas, se puede recorrer la larga historia del pueblo con todos sus avatares de luchas, esperanzas, miedos, dudas, etc.). El propio Jesús seguirá esta línea espiritual: sus ojos están siempre bien abiertos a la realidad de la vida para descubrir en ella la verdad de las personas, de las cosas, de la historia. De esta forma, Jesús va mostrando cómo el evangelio da sentido último a los acontecimientos y cómo, a su vez, éstos son como la carne y el cuerpo del evangelio.

El hombre nuevo, el hombre según el Espíritu, no va a ser aquél que se ponga de espaldas a este mundo imperfecto y dirija su mirada al cielo, sino más bien aquél capaz de contemplar el mundo tal cual es, de sufrir con el sufrimiento del mundo y de tomarse seria y responsablemente ese sufrimiento. Es por ello que considero que el análisis de la

realidad social de nuestro mundo es imprescindible para forjar una espiritualidad profundamente cristiana.

b) *Reconocer a Dios en la crisis*. La reflexión realizada por el pueblo de Israel de la contradictoria experiencia del éxodo, nos indica que también el tiempo de crisis puede ser interpretado como tiempo de experiencia de Dios, como tiempo de gracia y salvación. Ciertamente, si el Espíritu es el Señor de la historia, lo es de toda la historia y en todas sus dimensiones: "El Espíritu de Cristo anima la esperanza del cristiano que trabaja por la liberación humana en el ámbito socio-económico. El mismo Espíritu que nos ha dado la libertad de ser hijos de Dios es quien actúa a través de nosotros cuando nos esforzamos en hacer de la economía un mundo más humano, más solidario, más fraternal". (Carta pastoral de los obispos de Pamplona, Tudela, Bilbao, San Sebastián y Vitoria cuaresma, 1982).

Así, nuestra respuesta cristiana, nuestra espiritualidad vivida, también ha de cubrir un sector de la vida tal como el de la crisis económico-social ya que "Dios sólo es acogido allá donde la historia de los hombres es vivida como un caminar hacia la liberación progresiva de toda injusticia o esclavitud" (ibid).

De esta manera, si uno sabe reconocer la llamada de Dios en el seno de la crisis social, podrá vivir esta realidad' como verdadera experiencia de Dios.

La aproximación a la realidad desde estas dos dimensiones globales básicas comportará una serie de connotaciones particulares. Así, la " información sobre los hechos" nos exigirá un contacto experiencial con el dolor de la sociedad si no queremos que tal información sea puramente marginal. Desde aquí, "el análisis de las causas de la crisis" y del dolor social se hará imprescindible; ello no nos ahorrará el adentrarnos en un estudio del sistema social estructural (mecanismos sociales, políticos, económicos, etc, de opresión real y generadores de amplios sectores de pobreza) y el tomar conciencia de nuestra complicidad puesto que son las personas concretas las que hacen funcionar los sistemas estructurales y las que, en definitiva, generan discriminación, inhibición ante los problemas ajenos, etc. Por último habremos de "pasar a la acción", intentando mantener el difícil equilibrio entre la utopía anhelada y las mediaciones concretas para alcanzar, siempre limitadas y no carentes de ambigüedad: no renunciar nunca a la utopía -el reino de Dios y su justicia-, ni renunciar al compromiso tomando como excusa y ambigüedad de los medios concretos a dotar.

Cabe señalar, por último, que el "realismo" de nuestro vivir espiritual aquí planteado ha de informarlo todo (oración, reflexión, discernimiento, celebración). De tal forma que en medio del ruido de los acontecimientos y sucesos, sepamos, poco a poco, vivir en la paz comunión y esperanza, todos ellos signos claros de una vida vivida en el Espíritu.

2. Líneas particulares de esta espiritualidad

a) *Desfatalizar la crisis comprometiéndonos decididamente en una conversión continua*
Dado que la crisis actual que vivimos es de carácter estructural y de índole macroeconómica, resultaría relativamente fácil esconder la cabeza diciendo: "¡esto no hay quien lo arregle!", "¡yo no puedo hacer nada!". Es ésta la actitud del fatalismo que ya aparece reflejada en el antiguo testamento (Is 42,18.22.24; Is 9,7-10,4; Ez 33,10; Am

4,1-12) y que siempre es denunciada por Dios. El hombre fatalista y hundido piensa que no hay solución alguna a los males que le angustian. Contrariamente, Dios, le orienta su mirada hacia las causas que provocan esos males: "no habéis querido ir por mis caminos".

Darse cuenta de la propia corresponsabilidad en el mal que sufrimos es el primer paso de superación del mismo, de reconstrucción, de conversión. Esta es también la línea asumida por la comisión episcopal española de pastoral social (septiembre, 1984), cuando afirma que "no hay fatalidades económicas ni determinismos sociales. El paro, la pobreza, la violencia, el hambre, el miedo, pueden y deben ser superados por nosotros si de verdad nos esforzamos, como personas libres, justas y solidarias". Y es que a una situación de crisis socio-económica como la muestra se puede aplicar lo que aconsejan los maestros espirituales cuando se presenta algún caso personal de desolación. En tal estado, que comporta desánimo, inhibición, depresión, etc. los maestros espirituales acostumbran a plantear a la persona en cuestión la pregunta de si la causa de la desolación puede radicar en la negligencia o pecado propio. Igualmente, y en la línea de lo que también hizo el pueblo de Israel, hoy podemos preguntarnos si no es precisamente por habernos separado del camino de la justicia y de la solidaridad, que conduce a la paz y a la fraternidad verdadera, por lo que nos encontramos sumergidos en tal crisis. Ello, a su vez, quizás nos haría comprender que el futuro no está abandonado a la fatalidad sino a la conversión.

No deja de ser cierto que la crisis actual precisa de una macroconversión de carácter institucional, pero ello no nos redime de la tarea de una microconversión, es decir, de un cambio profundo de actitudes y comportamientos personales y grupales.

Esta conversión, aunque sea de carácter social, tiene también una profunda raíz teológica. De hecho, se trata de hacer propia la imagen bíblica y cristiana de Dios: un Dios que no es idea abstracta sino persona concreta, no ausente sino presente en la realidad histórica, no neutral sino parcial a favor de los más pobres. Y no sólo se trata de hacerla propia sino también visible y operante en nuestra vida.

Igualmente, vistas las cosas desde una perspectiva más inmediata, se hace precisa una conversión que nos saque de esa moral individualista y privatista que tanto ha dominado en la vida de muchos cristianos. Sin esta conversión será muy difícil superar injusticias fácticas como la evasión de capitales, la defensa egoísta de las propias rentas salariales, el fraude fiscal, etc.

Aún más, podemos decir que esta conversión no ha de limitarse exclusivamente a combatir el mal que nos domina. También, y en un sentido más positivo, se hace preciso el procurar un perfeccionamiento de nuestra concepción y práctica de la justicia. Porque ninguna etapa en el camino de liberación de la sociedad de las injusticias que la dominan puede considerarse definitiva, bajo riesgo de caer en una nueva etapa de opresión o en una nueva forma de absolutismo. El pueblo de Israel nos muestra un ejemplo al respecto: primero se movió dentro de una perspectiva de liberación concreta e individualista (superar el hambre, la sed, las enfermedades...); luego abrió esta perspectiva de liberación hacia horizontes más colectivos; luego fue consciente de la dimensión universal de la liberación; por último, descubrió la dimensión escatológica de la liberación, dimensión que no apunta hacia "otro mundo sino hacia un mundo "nuevo".

Esta conversión a que nos llama la crisis, debe afectar también a la iglesia. En la medida en que ésta haga visible el darse de Dios al mundo y a todos los hombres, se convertirá en verdadero fermento de transformación y liberación.

b) *Avanzar en la solidaridad desde la opción por los pobres.* Dado que la crisis actual es una crisis de solidaridad, se nos va a hacer preciso recobrar la mística de la solidaridad en su núcleo esencial. La solidaridad no consiste solamente en "hacer" actos solidarios sino, sobre todo, en "sentirse" verdaderamente solidario con los otros. Este sentido profundo de la solidaridad queda reflejado plenamente en Cristo; en él aparece de manifiesto como el hombre vive una experiencia que podríamos calificar de "personalidad colectiva", donde la comunidad es como un todo físico cuya entidad se visibiliza en cada individuo, de tal modo que se puede llegar a afirmar que la causa de la comunidad o del pueblo es la propia causa personal, y la causa personal no puede aislarse de la causa comunitaria.

Esto, tan importante para la vida cristiana, no siempre es una realidad obvia en nuestra práctica. Veamos algunos síntomas: cuando rezamos, ¿lo hacemos desde el "nosotros", desde la comunidad?, ¿no desvirtuamos en la práctica el "cuerpo de Cristo" que formamos por el bautismo y por ello hemos de hablar del cuerpo "místico"? ¿estamos realmente convencidos de que Cristo es la cabeza de la humanidad, que entre todos hemos de ir construyéndola hasta llegar a la "plenitud de Cristo" (Ef 4,13)? La solidaridad es una realidad óptica como lo es, por ejemplo, la paternidad. Padre e hijo no se consideran padre e hijo sino que *son* padre e hijo. De modo parecido, podemos decir que los hombres formamos una humanidad y *somos*, por tanto, solidarios. En consecuencia, nuestros comportamientos libres y creativos deben ser coherentes con esta condición humana solidaria.

La solidaridad, por otro lado, es un movimiento que presenta una dirección bien determinada. En cuanto que es la tarea comprometida de reconstrucción de la comunidad humana por el egoísmo, la injusticia y la pobreza, vivir solidariamente comportará ponerse en la lucha al lado de los más desvalidos y pobres, de las víctimas del egoísmo de los demás.

La solidaridad, pues, presenta esa clara dirección: una opción fundamental por los más pobres. Tal opción va a pedir una proximidad afectiva a los más pobres so pena de que se convierta en una opción meramente ideológica; podrá seguir caminos concretos muy diversos, aunque todos ellos llevarán a algún tipo de contacto con los que sufren las consecuencias de la injusticia reinante en nuestra sociedad, e incluso a sufrir con ellos algunas de esas consecuencias. Tampoco será extraño que la práctica de la solidaridad lleve a una ruptura con un determinado estilo de vida personal, con determinadas concepciones vigentes en el entorno social, con determinadas instalaciones, etc. Efectivamente, practicar la solidaridad, aunque sólo sea en cosas sencillas e inmediatas, puede llevar a rupturas dolorosas con ambientes, situaciones o personas insolidarias. Vivir solidariamente tiene su precio. Pero el precio siempre es relativo a la causa a la que uno se entrega. Volvemos así a la cuestión inicial: la solidaridad ¿es para nosotros una exigencia sobrevenida y extrínseca a nosotros, o bien la conciencia práctica de nuestra propia condición humana?

c) *Promover eficazmente actitudes y comportamientos que nos lleven hacia nuevos modelos de vida y hacia el hombre nuevo.* Desde el siglo XVI, el concepto de "utopía"

ha tenido una relativa influencia en la humanidad. El cristianismo también ha recuperado recientemente la dimensión utópica de la fe, con las teologías de la escatología, de la esperanza, política y de la liberación. Con todo, ahora se habla con insistencia del "fin de la utopía". Realmente, nos hallamos lejos de intuir cómo y por dónde va a ir realizándose esta utopía, qué caminos nos han de llevar a ellas, etc. Y con todo, hemos de seguir buscando el reino de Dios, la utopía evangélica. Sin apartar la mirada de esa utopía, hemos de prestar particular atención a aquellos pasos que nos pueden conducir a ella. El "sígueme" de Jesús nos recuerda que, a través de la paciente e ininterrumpida marcha detrás de Él, avanzaremos hacia la meta del reino de Dios.

Señalemos ahora algunos caminos a recorrer en la búsqueda de la utopía del Reino, válidos tanto personalmente como para el conjunto de la iglesia:

-la búsqueda de la victoria del "ser" sobre el "tener" en cuanto que la avidez de posesión está destrozando al hombre como persona y a la comunidad humana como solidaria. Ello comportará también el redescubrir la pobreza evangélica como profecía del primado absoluto de Dios y del hombre. Por último, también va a ser necesario que el "ser" suplante al "tener" en el terreno del poder, de forma que los que lo detentan sean verdaderamente servidores de los hombres.

-la búsqueda de una racionalidad liberada del pragmatismo totalitario dominante. Porque también se ha caído a menudo en una concepción pragmática de la fe expresada en preguntas como: ¿para qué sirve la fe?, ¿qué aporta la fe? Este tipo de preguntas, de hecho, nos desvían de la naturaleza íntima de la fe que es la gratuidad. Porque el acto de fe es una mirada que trasciende la mirada sensible. Los ojos de la fe nos permiten captar aquello que no ven nuestros ojos físicos. Esta experiencia de la realidad es, por tanto, toda ella gratuita en cuanto que no se apoya en fundamentos comprobables y, a la vez, es plenamente consistente en cuanto que da sentido profundo a la vida del hombre. Por eso la fe hace posible la esperanza en el futuro, se convierte en "garantía segura de aquello que esperamos" (Heb 11,1). Y dado que esta seguridad no es fruto de una comprobación racionalmente evidente, es también vivencia de gratuidad. Por último, cabe constatar también cómo la caridad es gratuita: el crecimiento en el amor no es más que un proceso continuado que lleva a un querer plenamente desinteresado y entregado. Así pues, la misma sustancia de la vida de fe está hecha de gratuidad. Por ello la vida cristiana es humanamente enriquecedora en cuanto que puede llenar el vacío que deja en nuestra sociedad la hegemonía dominante de un racionalismo cerrado y totalitario. Porque, realmente, la construcción de un futuro más justo y más humano, pide de nosotros una profunda actitud de fe gratuita, un saber amar aquello que no veremos nunca evitando que el acto creador quede diluido en una pura experiencia sensible inmediata. Tal actitud ¿no equivale a romper con los moldes que nuestra sociedad actual nos impone?

Dentro del ámbito de la gratuidad es bueno destacar la importancia de la oración como confesión de una plenitud ya presente, pero que aún no poseemos en su definitiva realización. De este modo, la verdadera oración, la que compromete toda la propia existencia, es profecía de una liberación real orientada hacia una plenitud irrenunciable.

- la búsqueda de una libertad humana profunda que no sucumba bajo ningún tipo de fuerza o poder, aunque éste se llame civilización, progreso o cultura. El cristiano y la comunidad cristiana que sepan desmarcarse de la fuerza esclavizadora del dinero, del

afán de poder y poseer, de la manipulación publicitaria, etc., aportarán a la sociedad un nuevo aire de vida, un paso adelante en la construcción de una humanidad nueva.

Los cristianos debemos someternos, evidentemente a las exigencias sociales que comporta la crisis actual. Pero, después de lo dicho hasta aquí, parece que lo más importante y característico que podemos aportar para la salida de la actual crisis, es aquello que emana del centro de nuestra fe: unas actitudes y comportamientos que llevan hacia un modelo de vida nuevo y que rompen los límites de una confortable pero ilusoria finitud.

d) *Reencontrar la fuerza transformadora de los pobres*. Otra contribución del estilo de vida evangélico al cambio social es el de hacer creíble con los hechos, que son precisamente los pobres los que están dotados de una fuerza insospechada para la transformación social: "el sufrimiento vivido en la esperanza, engendra fuerzas insospechadas de liberación; crea unos vínculos más fuertes que la felicidad, porque une los corazones heridos con el objetivo de encontrar un camino nuevo de liberación. La identificación que la fe establece entre el liberador y el siervo sufriente, hombre de dolores, alimenta nuestra esperanza en que el futuro no está del lado de los opulentos, de los que no tienen corazón y de los criminales, sino del lado de los humildes, ofendidos y crucificados injustamente" (Leonardo Boff, *Teología desde el cautiverio*, Bogotá, 1975, p 170).

La tradición bíblica del siervo de Yahveh se fue forjando durante el exilio babilónico como anuncio esperanzador. El siervo de Yahveh es portador de liberación plena, solidario con el pueblo, sufre las consecuencias de la injusticia y, en ese sufrimiento, se entrega a Dios, intercede ante Él a favor del pueblo; en medio de la opresión y del dolor sigue curando al pueblo de sus males morales, y sigue acercándolo a la bondad y justicia de Dios que es la fuente de una liberación total y universal. La figura del siervo de Yahveh, pues, es plenamente revolucionaria en cuanto portadora de actitudes generadoras de cambio, solidaridad, libertad, perdón, fidelidad, sufrimiento, esperanza, etc.

Otra tradición bíblica importante es la del "resto de Israel", grupo que, a lo largo de la historia del pueblo, mantiene su fidelidad al Dios de Israel. Este grupo se presenta también plenamente solidario con el pueblo compartiendo sus dolores y, sobre todo, capaz de poner, en medio de la prueba y el dolor, toda su fuerza y esperanza en Dios; capaz de confiar en el futuro porque cree que en Dios reposa el futuro de la humanidad.

En consecuencia, este "resto", estos pobres, saben decir "no" a los poderes políticos, económicos y militares que tienden a constituirse en ídolos, substituyendo así la esperanza verdadera por seductores pero falsas esperanzas. Los pobres, en cambio, sólo permiten que sea Dios y su Reino quien oriente sus vidas, su historia y su futuro. Esta opción y su "no" a los ídolos les acarrearán consecuencias inevitables como el desprecio, la marginación, el dolor, la muerte, etc., pero también, con los ojos de la fe, podrán comprender el futuro como fuente de vida y esperanza. Porque los pobres son liberadores que atacan directamente la raíz de toda alienación y explotación.

Coronando esta larga historia de fuerza que nace de la pobreza, surge la figura de Cristo. Él es el rostro de Dios en forma humana que une al Siervo que da su vida por los hombres y a Dios que acepta este sacrificio haciéndolo eficaz. Además, en Cristo

mueren, salvan y son salvados todos aquellos que aceptan combatir contra los ídolos, el miedo, las esclavitudes; todos aquellos que son libres ante la seducción del poder y del poseer, porque viven en función de una esperanza firme y profunda.

Entroncando con esta larga tradición bíblica, la iglesia confía también en la fuerza transformadora de los pobres: "los pobres, también estimulados por la iglesia, han empezado a organizarse para una vivencia integral de la fe y, por tanto, para reclamar sus derechos" (Conferencia episcopal latinoamericana de Puebla, n.º 1.137).

Esta tarea de recuperación de los propios derechos forma parte de la integridad de la vivencia de fe y no es una simple adición extrínseca a la misma. Efectivamente, los que viven en carne propia la realidad de la pobreza, son capaces de resituar los valores de la existencia humana y de comprender que sólo Dios salva y libera de verdad. De esta manera, la situación de crisis puede enseñarnos que los pobres, los sencillos y solidarios son verdaderos agentes de liberación. Contrariamente, viviendo al margen de una experiencia real de pobreza, corremos el riesgo de ideologizar e instrumentalizar la crisis.

La iglesia, pues, en la medida en que llegue a ser verdadera iglesia de todos, pero especialmente de los pobres, participará en esa condición, dolorosa pero fecunda, que se nos revela en el siervo de Yahveh, en "el resto de Israel" y en el "gran pobre" Jesús de Nazaret. En esta línea de conversión, la comunidad cristiana habrá de favorecer y apoyar la lucha de los pobres solidarizándose con ellos. Esa solidaridad nos conducirá también a aprender en la escuela de los pobres.

Pero no es sólo una ida de la iglesia hacia los pobres lo que hará que la iglesia sea de los pobres. Es también necesaria una transformación interna de la propia iglesia de modo que ésta se convierta en lugar donde los pobres se hallen a gusto, como en su casa. Ello sólo se conseguirá en la medida en que la opción preferencial por los pobres rijan las orientaciones eclesiales (prioridades, tipos de actividad...), su estilo de vida y su acción (edificios, participación, celebraciones), su economía (destino de los gastos, medios de apostolado...), etc. Porque "no es suficiente una iglesia para los pobres; urge convertirla en una iglesia con los pobres hasta llegar a una iglesia de los pobres" (Leonardo Boff). Así, a lo mejor, poniendo nuestra fuerza en la capacidad transformadora de las "minorías abrahámicas" lleguemos a experimentar cómo "el desierto es fértil".

e) *El paso de una fe-servicio a una fe-don.* La experiencia espiritual que hemos venido describiendo, es una exigencia de la fe en un Dios vivo y presente solidariamente con nuestra situación de crisis; en un Dios que denuncia y llama. Normalmente, la respuesta de fe a ese Dios vivo que llama se expresa en el servicio: en el darse a los otros en la tarea de transformación de la sociedad. Pero esa respuesta, en una situación de crisis, adquiere unas connotaciones que chocan con la innata inclinación a recoger frutos inmediatos de nuestro esfuerzo. La situación de crisis más bien nos impone aceptar ritmos lentos, comportamientos aparentemente pasivos o gratuitos, sufrimientos que se nos presentan como fracasos, valores poco aceptados por el contorno social, etc. De esta forma, el cristiano que, de acuerdo con la inspiración evangélica de la vida, adopta una actitud responsable y comprometida en momentos de crisis, puede fácilmente tener la impresión de estar luchando por nada, de estarse perdiendo él mismo. Este cristiano vive una profunda "pasividad de disminución", aunque también, en esa "disminución", vive la dialéctica evangélica del "perder-salvar". Porque esta dolorosa, pero fecunda,

experiencia se encuentra inscrita en el seguimiento de Cristo, en su lucha a favor del reino de Dios. Según esta dinámica, en un primer momento se nos pide una entrega por la causa del Reino en aquello que tiene de más razonable y comprensible, pero, en un segundo momento, la lucha a favor del Reino sobrepasa una concepción racional y comprensible para fundamentarse en la fuerza subyugadora de la persona de Jesús, incluso en aquello que es más concreto y escandaloso: la cruz.

Se trata, pues, en nuestra situación, de saber perder la vida -asumiendo caminos aparentemente ineficaces pero realmente revolucionarios- para salvarla. Si así lo hiciéramos nos descubriríamos inmersos en uno de los momentos más puros y radicales de la vida teologal, en el alma de la espiritualidad cristiana que es, sustancialmente, fe, esperanza y caridad. Como Abraham sacrificando a su hijo, como Moisés perdido en la oscura aventura del éxodo, como los discípulos comprometidos en el seguimiento de un Jesús que se precipita hacia el fracaso de la cruz después de haberlo dejado todo por su causa. Pero es precisamente en este abismo de fe pura y radical donde creemos que hay verdadera fecundidad y eficacia. Así la historia de los personajes antes citados, es luz y garantía de la posibilidad de construir un "gran pueblo" (Gn 12,3), de iniciar un camino de liberación hacia una "tierra buena y espaciosa" (Ex 3,1-15), de cómo la debilidad de la comunidad cristiana puede llegar a ser fermento transformador (Hch 2, 42-47). En la oscuridad del momento que nos toca vivir, consecuentes con una fe que aun en la tiniebla nos atrae y guía, el cristiano puede afirmar con san Juan de la Cruz, modestamente, pero convencido de contribuir a la transformación de una sociedad hacia un futuro más fraterno: "que bien sé yo la fuente que mana y corre, aunque es de noche".

Esta última característica de la espiritualidad aquí presentada, no es una más entre las descritas, sino aquella más radical que subyace a las precedentes dándoles una dimensión de profundidad y trascendencia real.

Las notas de una espiritualidad para tiempos de crisis expuestas hasta aquí, pueden configurar todo un estilo de vida capaz de hacer vislumbrar un futuro diferente y mejor. Entonces, el poeta -¿profeta?- habrá acertado nuevamente: "No lloréis más, el templo/ demolieron ya. / A poniente os esperan /rutas sin fin del mar" (Salvador Espriu).

Tradujo y extractó: CARLOS MARCET